

Acerca del pluralismo religioso

Rodrigo Polanco Fermandois, Pbro.*

1. La pregunta por el pluralismo religioso

Hoy en día está en el centro del debate teológico el tema del pluralismo religioso¹. No se trata simplemente de un estudio acerca de las diversas religiones o del hecho religioso en sí, sino propiamente de una *teología* del pluralismo religioso. Es decir, se trata de reflexionar acerca del significado que puedan tener las diferentes tradiciones religiosas dentro del plan salvífico de Dios para la humanidad. La pregunta muchas veces es formulada así: ¿Son todas las religiones caminos ordinarios de salvación? Y otras veces esa pregunta va acompañada con la afirmación de que el pluralismo religioso no es solo una realidad

de facto en nuestro mundo actual, sino también una realidad existente *de iure*.

Aunque el tema es complejo y su reflexión, en el ámbito general, no ha llegado todavía a una madurez suficiente, creemos que a la luz del Concilio Vaticano II y de las cartas encíclicas *Evangelii Nuntiandi* y *Redemptoris Missio* la respuesta a la pregunta recién formulada debe ser más bien negativa. En efecto, aunque Dios concede la salvación a todos los hombres por caminos que solo Él conoce, “en realidad, si su Hijo ha venido al mundo ha sido precisamente para revelarnos, mediante su palabra y su vida, los caminos *ordinarios* de la salvación” (EN 80); “aun cuando no se excluyan mediaciones parciales, de cualquier tipo y orden” (RM 5). Pero siempre estas mediaciones parciales o caminos extraordinarios “cobran significado y va-

* Director de La Revista Católica. Profesor de la Pontificia Universidad Católica de Chile y Director de Estudios del Seminario Pontificio Mayor de Santiago.

1 Cf. el reciente libro de J. DUPUIS, *Hacia una teología cristiana del pluralismo religioso*, Maliaño 2000, y la abundante bibliografía que allí aparece sobre el tema. Este texto suscitó, sin embargo, una notificación por parte de la CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE (*Notificación a propósito del libro de Jacques Dupuis, “Hacia una teología cristiana del pluralismo religioso”*, Maliaño 2000), publicada en L'Osservatore Romano el 26 de febrero de 2001, con unas afirmaciones aclaratorias acerca de algunos puntos que aparecían expuestos en el texto de Dupuis y que pudieran prestarse para una interpretación ambigua o errónea. Por otra parte, el magisterio de la Iglesia no ha

estado ausente en este tema y especialmente el Papa JUAN PABLO II, con la Carta Encíclica *Redemptoris Missio* (diciembre 1990), ha hecho una muy importante contribución al debate sobre esta cuestión. También la CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE ha contribuido a iluminar el tema con algunas afirmaciones sobre la práctica y la teoría del diálogo interreligioso en su *Declaración Dominus Iesus sobre la unicidad y universalidad salvífica de Jesucristo y de la Iglesia* (Roma, 6 de agosto de 2000). Finalmente, hemos de decir que el tema del presente artículo fue ya tratado —más ampliamente— por el mismo autor en la revista *TEOLOGÍA Y VIDA* 42 (2001) 122-150.

lor únicamente por la mediación de Cristo y no pueden ser entendidas como paralelas y complementarias” (Ibid.). Es decir, existen mediaciones parciales o caminos extraordinarios de salvación, pero están siempre vinculados al único Mediador y a su única Iglesia. Afirmar entonces que la pluralidad religiosa es una realidad *de iure* puede poner en cuestión la necesidad y la realidad de la mediación salvífica única y universal de Cristo (DI 4).

¿Cómo compaginar entonces –en la mente inescrutable de Dios–, de una parte, la afirmación de Jesucristo como el Mediador único y universal de la salvación de la humanidad entera y la afirmación de la Iglesia como su sacramento universal de salvación, con, de otra parte, la situación “real” de la humanidad que en una gran mayoría no conoce a Cristo y la existencia de muchas y venerables religiones y tradiciones religiosas? La respuesta ha de buscarse en una recta comprensión de esa afirmación conciliar acerca de la *universalidad* de la salvación llevada a cabo por el Padre mediante el envío del Hijo y el Espíritu (LG 2-4), como de la voluntad explícita del Hijo de dejar a la Iglesia como su Cuerpo, *signo e instrumento* de la comunión de los hombres con Dios y de la unidad de todo el género humano (LG 1). Estudiemos el tema en tres pasos: El designio salvífico de Dios de salvar a todos los hombres como un pueblo; La voluntad de Cristo de dejar a su Iglesia como sacramento universal de salvación para toda la humanidad, y la vinculación de toda la humanidad con Cristo y su Iglesia para su propia salvación.

2. Dios quiso salvar a todos los hombres como un solo pueblo

En primer lugar, para una recta comprensión de la universalidad de la salvación lleva-

da a cabo por el Dios Trino, hay que recordar un principio fundamental. Se trata de aquella acción de Dios, que creó a todos los hombres como *una familia* y los salvó como *un pueblo*, reconciliándolos en Cristo. Efectivamente Dios “quiso santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados, sin conexión entre sí, sino hacer de ellos un pueblo para que le conociera de verdad y le sirviera con una vida santa” (LG 9). Esto quiere decir que la salvación llega a todos los hombres a través del nuevo nacimiento por el Espíritu Santo, pero advirtiendo que esa santificación y ese nuevo nacimiento son producidos, precisamente, *porque y en cuanto* integran a cada individuo al nuevo Pueblo de Dios. Entonces, Cristo es el único mediador que ha salvado a toda la humanidad, la cual ha entrado en contacto con Cristo, como con su Cabeza, haciéndose su Cuerpo. Cristo ha recapitulado a todos los hombres en sí (Ef 1, 10). Solo en Cristo hay salvación. Sin embargo, eso no es todo. Hemos de afirmar además que Cristo ha quedado presente en el mundo a través de su Iglesia –sacramento– que perpetúa su presencia entre nosotros como signo e instrumento de su salvación. Esto significa que la Iglesia como misterio o designio de salvación se manifiesta en la tierra en forma concreta y tangible. Pero de tal manera que la visibilidad está inseparable e interiormente unida a la invisibilidad, haciendo de ella una única realidad compuesta por dos elementos inherentes el uno al otro. Ahora bien, los dos elementos –el divino y el humano– están en una profunda relación que constituye a lo visible como *órgano de salvación*. El Espíritu de Cristo se sirve de la Iglesia, de una comunidad de hombres y mujeres pecadores, de un organismo social, como de instrumento universal de salvación. Efectivamente, por una

parte, la Iglesia —como sacramento— no es un simple indicador de la salvación sino que la salvación acontece en ella y a través de ella; pero al mismo tiempo, ella tampoco es simplemente la salvación, el Cristo presente o el reino de Dios consumado. Lo que en verdad ocurre es que “la salvación ofrecida por Dios en Jesucristo y en el Espíritu Santo se nos da como tal *en* el signo finito y pecador de la Iglesia” (M. KEHL, *La Iglesia*, pág. 74). Y la universalidad de la salvación de Cristo hacen que su sacramento sea igualmente universal, ya que actualiza la salvación en toda su plenitud, aunque todavía de modo imperfecto.

3. Una salvación mediada por la Iglesia

Una vez reconocida la unicidad del Salvador y la realidad y unicidad de su sacramento de salvación —dejado por Él mismo—, hemos de afirmar ahora —con LG 14— que esta Iglesia peregrina es también *necesaria* para la salvación. Esto lo podemos entender, en un primer alcance, en el sentido que la Iglesia es objetivación de la presencia de Cristo en el mundo, que muestra siempre la vocación más profunda del hombre, en cuanto muestra el misterio pascual de Cristo como el *absoluto* salir de sí mismo para ir al encuentro del otro. Y en ese sentido orienta la conciencia de todo hombre y mujer. Efectivamente, en rigor, no basta simplemente con seguir la propia conciencia, sino que esta debe orientarse en la dirección correcta que es el encuentro con el prójimo, que a la vez es presencia de Dios. Ahí se comprende la necesidad de la Iglesia como presencia viva de Cristo en medio de los pueblos, que orienta al hombre sobre su más profunda vocación de vivir del amor y de la fe que buscan salir de sí mismo. En efecto, el problema de la salva-

ción hay que tratarlo juntamente, tanto desde su perspectiva subjetiva, como objetiva, ya que el sujeto aislado no existe en cuanto tal, sino que junto a sus condiciones subjetivas de salvación hay que considerar su posibilidad objetiva. Entonces, con respecto a lo subjetivo, la salvación viene por la fe. Solo es necesario de nuestra parte la fe, es decir, la humildad de reconocer el regalo de la misericordia de Jesucristo en la cruz. Esto es, la sencillez de corazón, el salir de sí mismo y avanzar hacia los otros, la pobreza de espíritu, de la cual la fe explícita es su grado mayor. De modo que la caridad y la fe, entendidas como salir de sí mismo y encontrarse con el otro, son lo necesario subjetivamente para salvarse. No basta simplemente con cumplir con su conciencia, es necesario además avanzar en la dirección correcta que es el prójimo, donde nos encontramos con Dios. De lo contrario, un muy convencido torturador que sigue así su conciencia subjetiva ¿sería un verdadero santo? Lo que ocurre es que lo que salva es la fe y el amor que destruyen la soberbia y el egoísmo fatal. Por eso las religiones ayudan a la salvación en la medida en que ayuden a vencer ese egoísmo para engendrar el amor. Ahora bien, esa búsqueda de amor generoso es un deseo implícito de Cristo y de su Iglesia, la cual estará siempre ante el mundo como signo distintivo del amor de Cristo para ayuda de los pueblos.

Ahora con respecto a lo objetivo podemos afirmar que si Cristo es el único que nos salva del egoísmo para entregarnos al amor, ese Jesucristo salvador necesita además del servicio representativo del acto salvador del mismo Jesucristo. Ahí entendemos también la necesidad de la Iglesia para la salvación. Cristo expuso su vida a favor de todos y le ha dado a la Iglesia la vocación de entrar en el

servicio representativo de Cristo. Donde está Cristo está la Iglesia, su Cuerpo, que se incorpora a la actividad de Cristo como signo e instrumento de ese acto salvador. La humanidad *vive* de ese acto de Cristo, y por lo tanto, de ese acto representativo de la Iglesia que ya no vive para sí misma sino que para la humanidad entera. La Iglesia, aunque nunca llegue a ser “con todos”, es siempre para todos y como tal es necesaria para la salvación de todos. Y por último, como el bien es difusivo de sí mismo, la misión de la Iglesia nace también de esta realidad de ser sacramento de salvación, representación de Cristo.

Pero es necesaria para la salvación también –en un segundo alcance– en cuanto es siempre, no solo un signo, sino igualmente un instrumento *eficaz* que está haciendo presente la salvación a todo el mundo, principalmente a través de la eucaristía, que es representación del sacrificio reconciliador de Cristo. Esto es lo que quiso exponer LG 10 al hablar del pueblo de Dios como pueblo sacerdotal o reino de sacerdotes para Dios su Padre. En efecto, los cristianos son casa sacerdotal para que ofrezcan sacrificios de alabanza a Dios con sus buenas obras que den testimonio de Dios ante los hombres. Ya que Cristo ejerció su sacerdocio con el ofrecimiento de su vida, así mismo el sacerdocio ministerial, con el poder de Cristo, en su persona ofrece ese sacrificio de Cristo perpetuado en la eucaristía, pero además lo hace en nombre del pueblo. Pero también los fieles son tomados en ese proceso de intercambio sagrado y todos juntos, como pueblo, ejercen su sacerdocio real, mostrando así la plenitud del sacerdocio del pueblo: el ministerial y el común. La misión más profunda de la Iglesia es eminentemente sacerdotal: así como Cristo está sentado a la derecha del Padre intercediendo por nosotros

(Heb 8, 1), así mismo –en Cristo– la Iglesia intercede por la humanidad con su vida y sacramentos, particularmente con la eucaristía.

4. Toda la humanidad se vincula con la salvación de Cristo y la mediación de la Iglesia

Ahora bien, como tercer paso, hemos de reconocer que toda la humanidad ha de estar de algún modo vinculada a Cristo y a su Iglesia en su proceso de salvación. Efectivamente, en primer lugar esta necesidad de la Iglesia supone e implica en realidad que ella tiene su esencia en ser referencia a Cristo y por eso está llamada a purificar siempre su rostro para que en ella brille cada vez mejor la luz del mismo Cristo. Implica además que la Iglesia está llamada a convocar a todos los pueblos a Cristo, para que todos puedan gozar más plenamente de su presencia y de su gracia y así se vean iluminados por la vida y obra de Cristo. El bien por esencia es difusivo de sí mismo. En verdad, todo lo bueno y verdadero que hay en cada hombre es una preparación al Evangelio y como un don de la gracia de Dios en Cristo. Estos elementos se pueden considerar como gérmenes de verdad, o como connaturalidad con Dios, o como pedagogía divina, pero en todo caso, no son el punto final y siempre llaman a la Iglesia para su explicitación. De allí el llamado a la misión como algo esencial a la Iglesia. Todo lo que es preparación del Evangelio recibe su fuerza precisamente de la venida del Salvador. De ahí el carácter necesariamente misionero de la Iglesia. La misión es parte esencial a su ser.¹

Por otra parte, sabemos que toda la humanidad, por la cruz de Cristo, ha quedado ya vinculada a su Señor a través de caminos co-

nocidos solo por Dios. Siempre será la gracia de Dios que moverá el corazón del hombre para responder al llamado de Dios, que es la fe necesaria para la salvación. Pero toda vinculación con Cristo es además vinculación con su cuerpo y por lo tanto con la Iglesia. Toda gracia tiene vínculos comunitarios que nacen del ser comunitario de la humanidad y del aspecto comunitario de la salvación. Todo hombre y mujer que se salva, lo hace injerándose en Cristo, y por lo tanto, vinculándose de alguna manera con su pueblo. En efecto, no existe salvación aislada sino solamente en la integración al Pueblo de Dios. El sujeto de la salvación es el Pueblo y cada hombre se salva en cuanto, mediante la fe, se hace miembro de esa comunidad de salvados. En ese sentido toda salvación es salvación por medio y en la Iglesia, en cuanto toda salvación es de Cristo y Él ha vinculado —aunque de modo subordinado— su ser y su obrar a su Iglesia. Toda gracia refiere siempre a la Iglesia y vincula siempre de alguna manera con ella. En efecto, Cristo ya murió por todos, el Espíritu ya ha sido enviado, el reino ya ha sido inaugurado y toda gracia que se da es *una gracia del Verbo encarnado* comunicada por el único *Espíritu del Resucitado* que hace de todos los creyentes el único cuerpo de Cristo. De modo que la gracia refiere siempre a la Iglesia y vincula siempre de alguna manera a ella. Efectivamente, toda gracia tiene una índole comunitaria y vincula por eso mismo de algún modo a la Iglesia que es entonces la única mediación ordinaria y plena, aunque subordinada y dependiente del único Mediador que es Cristo.

Ese es el significado más profundo de los párrafos 13-17 de *Lumen gentium*. Allí se expresa que las fronteras de la Iglesia son sin límites y se expanden en círculos concéntri-

cos con Cristo en su núcleo. Al centro se encuentran los plenamente incorporados a la Iglesia por la gracia y por los tres elementos visibles de la unidad católica: la fe, los sacramentos y la comunión jerárquica. Luego se encuentran los que reconocen a Cristo y han recibido el bautismo. A todos ellos se les llama Iglesia o Comunidades Eclesiales y pertenecen al pueblo de Dios. A continuación, en otro círculo se encuentran todos los hombres que siguen el camino de amor y de apertura al prójimo en la humildad de saberse necesitados de otros. Todos ellos están *ordenados* al pueblo de Dios ya que pertenecen a la humanidad que ha sido salvada por Cristo y que está llamada a vivir de Él (sin embargo, en estos diversos círculos concéntricos se encuentra también entremezclada la realidad del pecado de cada hombre, que en definitiva es lo que aleja de Dios. Pero esa realidad permanecerá hasta que sea purificada definitivamente en la eternidad). Esta idea de la ordenación de la humanidad al Pueblo de Dios es lo que GS 22 ha afirmado con tanta hermosura: “Cristo murió por todos y la vocación última del hombre es realmente una sola, es decir, la vocación divina. En consecuencia, debemos mantener que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, de un modo conocido solo por Dios, se asocien a este misterio pascual”. Y asociarse al misterio pascual es vincularse a la Iglesia y recibir, a través de ella, la gracia salvífica.

5. A modo de conclusión

En conclusión, con respecto a nuestro tema del pluralismo religioso, hay que afirmar que, si por una parte, el designio de Dios no tiene lugar exclusivamente en los corazones de los hombres —como si pudiera haber

alguna gracia que no sea mediada histórica y socialmente— ya que la naturaleza del hombre es esencialmente social, y por lo tanto, la autocomunicación de Dios, como también la respuesta del hombre, ha de tener siempre vínculos sociales. Entonces, en ese sentido se ha de reconocer que las religiones, e incluso otros aspectos de la cultura (para los que son definitivamente ateos), poseen elementos sobrenaturales que los hacen aptos para otorgar la gracia y la salvación divina (DI 21), y en ese mismo sentido, son una preparación evangélica (LG 16). Esto, a pesar de que contengan elementos provisionarios e incluso lagunas, insuficiencias y errores. Precisamente porque no existe una salvación que sea a-histórica y a-social. Sin embargo, por otra parte, siempre esas mediaciones parciales o caminos extraordinarios cobrarán “significado y valor únicamente por la mediación de Cristo” (RM 5) que ha asociado a todos los hombres y a toda la creación con su misterio pascual y con la donación del Espíritu Santo que brotó de su entrega en la cruz (Jn 19, 30). Es esa *única economía salvífica* llevada a cabo por el Logos *encarnado* —Logos que da coherencia, unidad y sentido a toda la creación y a todas las formas sociales y religiosas—, y llevada a cabo también por el Espíritu *de Cristo* muerto y resucitado —que fue donado por Cristo luego de su resurrección y que “cristifica” toda la creación—, es esa *única economía* —digo— la que, de un modo conocido solo por Dios, está presente y operante en todo hombre, religión y cultura que recibe la salvación de Dios (DI 11). De modo que la respuesta definitiva al problema del pluralismo religioso pasa necesariamente por la centralidad, unicidad y universalidad del *misterio pascual*, como ha afirmado GS 22. Será siempre la universalidad y

la centralidad de la kénosis de Dios en el Hijo encarnado y crucificado y la recapitulación de todas las cosas en Él —recapitulación, que aunque no ha llegado todavía a su plenitud escatológica, está ya efectivamente operando en la humanidad y en la Iglesia— lo que nos dará la clave para entender la maravillosa acción de Dios en la humanidad que todavía no conoce explícitamente a Cristo. Es por ese camino por donde la teología debe seguir avanzando y profundizando todavía más.

Queda aún una pregunta final: ¿No es esta un presunción muy grande de parte nuestra? Creo que ningún hombre o mujer de otra religión aceptaría que se le dijera que está vinculado a Cristo y a la Iglesia y que la gracia de la salvación la recibe de Cristo por el Espíritu Santo a través de la Iglesia. Efectivamente, esta es solo una reflexión al interior de la Iglesia y no una expresión de orden misionero. Se asemeja más bien a una formulación de fe. Si bien es totalmente lícito que cada religión parta su propia reflexión acerca de la revelación y salvación que propone, con la convicción de la verdad y absolutéz de su propia opción. Luego en la vida tendrá que probar que su pretensión es correcta, al mostrarse realmente válida y “salvadora” para cada hombre y mujer con que se encuentre. Sin embargo, nuestras reflexiones solo quieren expresar de un modo inteligible la *grandeza y unicidad de Cristo* como “Dios mismo hecho carne”, punto cimero, definitivo e irrepetible de la autocomunicación de Dios al hombre y la gracia inmerecida de haber recibido *en y a través de la Iglesia* el don magnífico de la fe en el Hijo que se ha hecho lo que nosotros somos; para que nosotros lleguemos a ser lo que Él es, meta final y única de toda la humanidad.